

D. Hernando se levantó del asiento y salió, cerrando con violencia la mampara. Luego que la madre y la hija quedaron solas, se miraron un gran rato de hito en hito, y después, echándose en brazos una de otra, lloraron amargamente. No les quedaba otro remedio; el destino les había echado en el centro de su hogar un tigre que quería devorarlas.

Un personaje abrió la mampara, y de puntillas se introdujo hasta donde estaban la madre y la hija, y las abrazó con ternura. Ellas, sorprendidas, volvieron la cara y exclamaron á un tiempo:—¡; Arturo!!

—Silencio, dijo éste, poniéndoles el dedo en la boca; me resolví á no seguir el camino, porque no podía estar separado de vosotras, y porque me habría muerto, si un mes siquiera hubiera transcurrido sin ver á Trinidad. Trinidad, madre, ¡qué feliz soy en volveros á ver!

—¡; Arturo, nuestro querido Arturo! exclamaron estrechándole entre sus brazos, y juntando sus mejillas con las suyas.

Pasados estos primeros instantes de alegría, Arturo contó la manera como se había escapado, y ellas refirieron todo lo que había ocurrido, y que el lector sabe ya. Finalmente, después de discurrir mucho sobre la manera de libertarse de tan peligroso huésped, quedó resuelto que Arturo se valdría de las relaciones que lo ligaban con

algunos abogados, para que le proporcionaran el hablarle al virrey, al cual espondría detenidamente cuanto pasaba, y le pediría su protección.

V.

D. Hernando no dió lugar á que el proyecto se pusiera en planta, pues á los dos días entró en la habitación de la familia, y con un semblante halagüeño las saludó y tomó asiento.

—Ya sé que el bribonzuelo de Arturo está aquí, dijo con voz chancera, y que jugó á uno de los criados una buena pasada; pero he reflexionado que esta es obra de su juventud y del amor que tiene á vds.

La madre y la hija, asombradas de ver un lenguaje tan diferente del que hasta entonces había usado D. Hernando, se apresuraron á manifestarle su gratitud y á darle las gracias en los términos más expresivos.

—No solamente quiero que Arturo viva con vds., continuó D. Hernando, sino que aún deseo que se case lo más pronto posible con Trinidad. Creía yo que haciéndola mi esposa sería feliz; pero puesto que no es su voluntad, repito que no tengo otra idea, sino que sea dichosa. Es menester olvidar lo pasado, y que en lo de adelante

vean vds. en mí al hermano de su protector. En la vejez, los hombres tenemos nuestros caprichos; pero la reflexión nos cura. Conque, ¿olvidarás mis imprudencias, Trinidad?

Trinidad estaba fuera de sí de placer, de manera que sin responder, se metió á las piezas interiores, y salió á poco acompañada de Arturo.

—Da gracias á nuestro protector, Arturo; te perdona, y quiere además que nos case-mos.

Los dos muchachos, un poco pálidos por los sufrimientos, pero bellísimos é interesantes, se arrodillaron ante D. Hernando. Parecían dos estatuas salidas de la mano de Fidias: tanto así eran regulares y bellas sus proporciones.

—Levantaos, hijos míos, levantaos y abrazadme; desde hoy abjuro mis imprudencias y creo que seréis bastante nobles y generosos para perdonarme.

Arturo abrazó á D. Hernando. En seguida tendió los brazos á Trinidad, y ella se arrojó á ellos. Fué un abrazo largo, estrecho; abrazo que animaban á un tiempo, el amor, el despecho y la cólera. Trinidad escuchó latir violentamente el corazón del viejo. Trinidad sintió el contacto de unas mejillas ardientes y rugadas, que se rozaban con la tez fresca de alabastro de su rostro. Trinidad sintió oprimido

su seno por dos brazos nervudos y secos, que parecían cinchos de fierro. Trinidad tuvo miedo de este terrible y prolongado abrazo; pero bastante avisada ya, para dar á conocer su emoción, dejó los brazos del viejo con una ligera sonrisa, y sólo se advertía que estaba un poco más pálida.

—Es menester confesar que tiene vd. una hija adorable; es generosa hasta el extremo. Juzgo que me ha perdonado sinceramente, y que aun ha concebido por mí alguna afección.

—Me habéis hecho bien, señor, y os estoy agradecida. Arturo era mi vida, mi único pensamiento. Cuando me lo quitásteis os aborrecí; ahora que me lo devolvéis para siempre, ya os quiero.

Trinidad abrazó á Arturo, y le hizo una inocente caricia en la mejilla. Una tinta amarillenta recorrió el semblante de Juárez; pero bastante diestro para ocultar su agitación, sonrió y dijo á Doña Guadalupe: ¡cómo se aman estas criaturas!

—Los habéis hecho felices, señor, y á mí también; permitidme que os dé las gracias y que os abrace.

—Venid, Doña Guadalupe; mucho merecéis, porque sois una buena madre. Pronto casaremos á los muchachos; pero será decoroso que Trinidad entre mientras en un convento. Todo se hará en cosa de un mes.

Trinidad convino en entrar á un convento, y Arturo en sufrir la soledad de esos días. El mes pasó en las disposiciones necesarias, y por fin D. Hernando fijó el tan suspirado día del casamiento. Trinidad salió la víspera de su encierro, y Arturo de un convento, donde unos reverendos padres de la Propaganda le dieron sabias lecciones de moral, y abundantes consejos para la nueva vida que iba á emprender.

La boda se verificó al día siguiente á las cinco de la mañana. A medio día se sirvió una mesa espléndida á multitud de convidados, y se obsequió con arroz, gallinas asadas y vino catalán, á todos los pobres que ocurrieron en tropel á la festividad.

En la noche, contra la costumbre, se dispuso un gran baile, al que concurrieron multitud de personas notables á quienes D. Hernando había convidado. Los novios estaban brillantes: su juventud, su belleza y su alegría, encantaron á los concurrentes. Arturo, vestido de terciopelo negro, con su golilla de punto blanco finísimo. Trinidad con un traje blanco de seda y plata, una corona de rosas de oro en la cabeza, y una cruz de brillantes en el pecho. Los colores habían vuelto á sus mejillas; sus ojos azules y lindos, estaban animados con la dulzura de la inocencia, y el placer de un porvenir dichoso: sus labios delicados como las hojas de la rosa, se abrían para

sonreír de júbilo y de contento; los rizos de sus cabellos que caían en confusión sobre su cuello de cisne, brillaban como las alas de oro de las mariposas con la luz de las bujías de esperma. Trinidad era, sin exageración, uno de esos ángeles que en forma de mujer suele Dios enviar á esta tierra de maldición y de lágrimas. Todas las bocas se abrían para alabar á Trinidad; todos los ojos se fijaban en su angélico semblante; todas las lisonjas y alabanzas eran por la criatura celestial que había vivido oculta é ignorada hasta entonces, y que salía llena de poesía y de hermosura, como la mariposa que rompe su capullo y tiende sus alas de venturina sobre las rosas y los claveles de un jardín. Arturo estaba satisfecho y orgulloso, y si hay delirios con la felicidad, Arturo lo tenía ardiente, infinito, de esos delirios de placer que gastan en un día diez años de existencia.

Se bailaron todos los sonos que estaban en uso. Trinidad cantó dos ó tres canciones, con una voz clara y armoniosa. A las cuatro de la mañana se habían marchado la mayor parte de los concurrentes; las velas que estaban acabándose, despedían una luz vacilante y opaca.

Preguntará el lector lo que había hecho D. Hernando en todo este tiempo.—Se lo diré.—Había estado sentado en una butaca de cuero, siguiendo con los ojos todos

los movimientos de la niña. Era un milano que acechaba á la paloma.

A las cuatro y media, la sala estaba vacía. Entonces un criado se acercó á Arturo y le dijo, que unos caballeros deseaban hablarle. Arturo bajó al zaguán. Tres hombres enmascarados y vestidos de negro, lo asaltaron con unos puñales, y lo obligaron á que entrara al coche de D. Hernando que estaba en la puerta.

Eran los ministros de la Inquisición.

Quando D. Hernando oyó rodar el coche, soltó una carcajada horrible que hizo estremecer á Trinidad, y tomando una luz se dirigió á su dormitorio.

VI

Los ministros de la Inquisición vendaron los ojos á Arturo, pusieronle una mordaza en la boca y unas esposas en las manos, y así caminaron en silencio un gran rato hasta que paró el coche. Bajáronlo y del brazo lo hicieron subir algunas escaleras y atravesar pasadizos hasta que finalmente oyó abrir unos cerrojos y rechinar una puerta. Entonces le desvendaron los ojos, le quitaron la mordaza y lo empujaron dentro del calabozo, cuya puerta cerraron con dobles cerrojos y llaves. Arturo se convenció entonces de que no sólo estaba

preso, sino que estaba preso en la Inquisición. En el primer momento Arturo quiso estrellarse la cabeza contra las murallas del calabozo ó tener á la mano una arma con que darse la muerte. Así como su calabozo era una especie de tubo que no tenía más de una vara de diámetro, golpeó las paredes con los puños hasta el grado de escurrirle la sangre; mas reconociendo cuán inútil é impotente era su furor, se sentó sobre una piedra redonda que hacía veces de asiento y apoyando su cabeza en sus manos derramó un torrente de lágrimas.

Quién sabe cuánto tiempo permaneció en este estado, lo cierto es, que reclinándose contra la pared consiguió un momento de sueño. Durante él, vió una visión aérea, flotante y llena de luz; solamente en la corona de rosas de oro y el semblante apacible se asemejaba á la forma humana de Trinidad, lo demás era de serafin, de arcángel. Arturo tendió sus manos doloridas y llenas de sangre hacia la visión. Esta le dirigió sus ojos tranquilos y azules y con una voz armoniosa, como con la que cantó las sonatas, le dijo: "Arturo mío, la traición más negra te tiene en este calabozo, pero confía en la justicia de Dios y en que tu esposa morirá antes que dejar de ser digna de tí." Por grados fué disipándose la blanca aparición, y Arturo sobresaltado

despertó y recorriendo con ojos espantados el calabozo, no vió más que una línea de luz y un pequeño fragmento del cielo azul, que se percibía por una estrecha tronera.

Arturo pensó en Trinidad, en su madre, en el aire, en la libertad, en el campo, en el cielo azul, en los pájaros que vuelan en el viento, en las flores que exhalan sus perfumes; en una palabra, en todo lo que piensa naturalmente un prisionero. Arturo lloró de nuevo.

Sin embargo, no había cometido ninguna falta, y la tranquilidad de su conciencia y el sueño en que había visto á Trinidad, lo consolaron un tanto. A poco descolgaron por la tronera una cestilla: contenía solamente un mendrugo de pan negro y una cantarilla con agua. Arturo no tenía hambre y aunque tenía sed no quiso ni comer ni beber, y así botó la agua y el pan al suelo. Todo lo más del día lo pasó sentado en la piedra apoyada la frente en las manos. El hombre parecía una estatua: á las veinticuatro horas justas la canastita descendió de nuevo; Arturo en esta vez devoró el pan y sorbió ávidamente la cantarilla de agua. Hacía cuarenta y ocho horas que no tomaba ni una gota.

A los cuatro días un hombre enmascarado y vestido con un saco y una capucha negra, abrió el calabozo, vendó los ojos á Arturo y tomándolo por la mano lo sacó fue-

ra. Cuando le desvendaron los ojos, se halló en una sala entapizada de negro con galones de oro. En el fondo estaba un dosel también negro con un Crucifijo y las armas de la Inquisición bordadas de seda y oro. Debajo del dosel había una mesa, y á su derredor sentados los inquisidores y el escribano.

Después del juramento y fórmula de estilo, el escribano leyó:

—“Arturo, joven plebeyo de veinte años de edad, está acusado primero de llamarse Arturo, nombre indudablemente usado por los ingleses herejes, y que no se halla en el calendario; segundo, de tener tratos ilícitos con una hermana; y tercero, de azotar todas las noches á la santa imagen de Cristo.”

—¿Qué decís á todo esto, joven?

—Que ignoro por qué mis padres me pusieron así; que la joven no es mi hermana, sino mi esposa; que yo siempre he reverenciado la imagen de Jesucristo y de sus santos y que me hallo ante este tribunal por las infernales maquinaciones de D. Hernando, marqués de la Casa Encarnada.

—Este joven se halla impenitente, dijo el inquisidor mayor con voz tranquila. Que le apliquen el tormento de la garrucha, y asiente vd. además, señor escribano, que es un calumniador de la intachable virtud del marqués.

Los alguaciles condujeron á Arturo al cuarto del tormento. Al cabo de un cuarto de hora lo sacaron casi arrastrando, pálido como una imagen de cera, descoyuntado y casi moribundo.

—¿Ha confesado? preguntó el inquisidor?

—Todo absolutamente, todo.

—¿Qué decís de esto, joven?

—Que es cierto cuanto se me ha preguntado, contestó con voz apagada.

—Oid, pues, dijo el escribano. El santo y piadoso tribunal os condena á un año de reclusión en uno de sus calabozos, para que tengais tiempo de pedir perdón á Dios, y arrepentiros de vuestros pecados, los cuales purgaréis saliendo en el auto de fe con sambenito y vela verde.

Arturo nada contestó, y los alguaciles lo volvieron á su calabozo.

Los dolores físicos y morales ocasionaron una fiebre á Arturo, que lo tuvo veinte días sin conocimiento. Es menester decir, en obsequio de la justicia, que el tribunal mandó trasladar al supuesto reo á un calabozo más amplio, y le prodigó todas las medicinas y auxilios necesarios. Aun en esto había envuelta cierta maldad y miseria. El tribunal no quería que la naturaleza matase á sus presos, sino el tormento y la prisión.

Restablecido de su enfermedad, lo vol-

vieron á su cubo. Allí pasó todo el tiempo dicho, hasta que se aproximó el auto de fe.

Os diré lo que hizo en once meses. Durante esa larga noche de martirios, lo consoló una sola idea. La venganza; pero una venganza inaudita y terrible.

VII.

A pesar de la infernal risa de D. Hernando, no estrañó de pronto Trinidad la falta de Arturo, y fué en busca de su madre, la cual oyendo llamar á misa en una iglesia cercana, se puso su basquiña y salió á la calle. D. Hernando había tomado bien sus medidas. En la esquina la asaltaron dos hombres, y vendándola los ojos, la condujeron á un monasterio. D. Hernando había dicho al arzobispo que quería encerrar en un convento á una señora de mucho respeto que había perdido el juicio. El prelado no tuvo inconveniente, y D. Hernando quedó dueño absoluto de Trinidad. Esta, fatigada con tanta emoción, se reclinó en su lecho, y concilió el sueño. Al día siguiente se levantó, tocó la campanilla y acudió una esclava negra.

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo? Llamadlos, decidles que por qué no han ocurrido á verme?

La esclava no respondió nada, y salió del aposento.

Como había pasado un cuarto de hora y nadie volvía, Trinidad quiso salir; pero la puerta estaba cerrada. Entonces tocó de nuevo la campanilla, y se presentó otra negra.

Trinidad hizo la misma pregunta; pero tampoco obtuvo ninguna contestación.

Trinidad quiso salir; pero la esclava se lo impidió, y cerró tras sí la puerta.

Esto era de desesperarse: llamó repetidas veces con la campana, pero nadie se presentó hasta las doce, en que cuatro esclavos negros y cuatro esclavas, entraron con una mesa cubierta con los más exquisitos manjares. Le parecía á Trinidad una cosa como los cuentos que le había referido su nodriza en la infancia, y dudaba si estaba despierta ó soñaba.

Los esclavos le hicieron señal para que comiera; pero ella impaciente, y verdaderamente colérica, les botó la comida en la cara y se retiró á un rincón de su alcoba.

Los esclavos, sin decir una sílaba, recogieron la comida y se marcharon. A la oración, una de las dos negras entró con la luz, y una mancerina de chocolate.

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo? Eso es lo que quiero: decidme quién os ha traído á mi casa? ¿Quién es vuestro amo?

La negra, mirando que la niña no quería tomar el chocolate, dejó la vela en una mesa y se retiró en silencio.

En la noche se acostó Trinidad. Los latidos de su corazón no la dejaban reposar, y una opresión terrible de pecho la sofocaba. Un instinto le hacía comprender que era víctima de las maquinaciones de Juárez; pero estaba muy lejos de figurarse que su madre estuviese encerrada en la celda de un convento, declarada loca, y Arturo gimiendo por herege en un calabozo de la Inquisición. Sin embargo, esa noche fué de insomnio y de delirio; cada rato la asaltaban horribles pesadillas, y despertaba con un calosfrío y un dolor agudo en las sienes. Resolvió, pues, para aclarar el misterio, valerse de un expediente.

Luego que la negra entró con el chocolate, Trinidad le dijo:—Haz entender á tu señor, al que sea tu amo, que me dejaré morir de hambre si no vienen mi madre ó Arturo, ó se me explica por qué estoy prisionera en esta pieza.

La negra salió sin decir una palabra; pero á poco entró D. Hernando de Juárez.

Trinidad en esta ocasión estaba frenética; así es que cuando el viejo se aproximó, ella se puso de pie, cruzó los brazos y lo miró de hito en hito.

—Trinidad, estás más hermosa que nunca, y....

—Y ¿qué venís á hacer aquí, señor de Juárez?

—Me habéis mandado buscar.

—Es verdad; sentaos.

D. Hernando, que temblaba de pies á cabeza, se sentó sin atreverse á levantar los ojos.

—Decidme, señor de Juárez, ¿cuáles son vuestros designios, y hasta cuándo debemos vernos libres de los caprichos que os sugiere vuestro histérico? Ayer me habéis casado, y hoy hacéis desaparecer á mi madre y á mi esposo, y me encerráis en una habitación, como si hubiera cometido algún crimen. Os asombrará el oírme hablar así; pero estoy verdaderamente desesperada; este yugo de hierro que habéis impuesto á mi familia, me pesa más que la muerte. En una palabra, señor, decidme qué habéis hecho de mi madre y de Arturo; de lo contrario, os aseguro que me dejaré morir de hambre.

—Trinidad, estás hoy muy severa. Tu madre y Arturo se han ido á una de mis haciendas.

—Es una impostura: mi madre y mi Arturo no podían abandonarme así. Idos de aquí, señor de Juárez; vuestra presencia me es insufrible.

—¡Trinidad!

—Idos, y sabed mi resolución.

Trinidad volvió la espalda á Juárez y se

ocultó entre las colgaduras de su lecho. Juárez, pasmado al ver la resolución de la joven, salió lleno de cólera y de vergüenza.

Llegó la hora de comer, y Trinidad devolvió intactos todos los manjares. Con el chocolate hizo lo mismo. Durante tres días sólo había tomado unos tragos de agua, y estaba ya pálida y casi sin fuerzas; pero resuelta á dejarse morir si el viejo no le daba una razón satisfactoria de su madre y de Arturo.

Al tercer día en la noche, D. Hernando, que como debe suponerse vigilaba la conducta de la muchacha, entró despavorido al cuarto.

—Trinidad, hija mía, ¿por qué quieres cometer un crimen? ¿por qué quieres suicidarte?

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo?

—Todo, hija mía, todo lo sabrás; pero á condición de que tomes alguna cosa.

Un esclavo presentó una copa de buen vino de Jerez y algunos bizcochos.

Trinidad tomó la copa, y mirando á D. Hernando, le dijo: ¿estará envenenado, no es verdad?

—¡¡Trinidad!!

—No importa, á nada tengo miedo.

Trinidad sorbió la mitad de la copa de vino, y tomó algunos bizcochos; y con una

calma inasible, dijo á Juárez: Os he dado gusto, ahora decidme. . . .

—Trinidad, tu madre está en un convento, y Arturo. . . . Arturo, según sé, la Inquisición se ha apoderado de él.

—¡Dios mío, la Inquisición! exclamó Trinidad ocultando su rostro con sus manos.

—Esto es lo que he podido averiguar.

—¿Y qué ha hécho Arturo? ¡Mi pobre Arturo, tan religioso, tan bueno! . . . Vos, señor Juárez, vos, sois un malvado. . . .

—Te juro por lo más sagrado que no he tenido parte alguna, y antes bien, luego que lo supe, he procurado salvarlo.

—¡Ah Dios mío! ¿Y lo salvaréis? Entonces os querré otra vez mucho.

Trinidad era inocente, y no era capaz de comprender la extensión de la perversidad humana.

—Sí, lo salvaré, hija mía; pero es menester que seas más llevada de razón. Si me prometes comer y estar alegre, antes de pocos días estarás al lado de tu marido.

—Todo cuanto queráis hare.

D. Hernando se retiró, y Trinidad, con la esperanza de que pronto estaría libre Arturo, tomó los manjares que le llevaron las esclavas, y aun se rió como una loca.

Al día siguiente las esclavas abrieron la puerta, y dijeron á Trinidad que podía sa-

lir y transitar por todas las habitaciones. Resolvióse á salir, y se sorprendió de la súbita trasformación de la casa. D. Hernando había reunido las cosas más exquisitas de la Asia, de la Europa, y de la América, y colocádolas allí.

Eran primorosos canarios y cardenales, encerrados en jaulas de cristal; eran colgaduras de tisú y terciopelo de China; eran grandes tibores de porcelana; eran arañas de plata y aparadores con vajillas de China y oro.

Trinidad se alarmó de todo esto, mas D. Hernando le explicó con una voz meliflua, y con la más refinada hipocresía, que la había tenido encerrada, tanto por no verse obligado á darle la noticia de Arturo, como para prepararle una sorpresa. Que la falta de Arturo era ligera, según se había informado; que dos meses de detenimiento bastarían, y que además nada le faltaba; ni aun una selecta mesa. Trinidad insistió en ver á su madre, y D. Hernando le prometió que la vería.

El carácter de Trinidad era varonil y arrojado en el fondo, y aunque no le satisficían enteramente las respuestas de D. Hernando, no encontraba medio de sacar ventaja de este hombre malvado y suspicaz. Consideraba que era inútil el aturdir la casa con sollozos, porque nadie la había de oír ni consolar; y así de día aparentaba

serenidad, y de noche se entregaba á las amargas reflexiones que le hacían derramar muchas lágrimas. Jamás se separaron ni un instante de la mente de Trinidad, ni su adorado Arturo, ni su excelente madre.

D. Hernando observaba una conducta verdaderamente respetuosa con Trinidad. La veía una sola vez en el día, y le hablaba con mucha dulzura, sin mezclar nada que tocase á su amor. Así entre promesas y esperanzas, pasó un mes.

Una noche, á las nueve, se recogió Trinidad, como lo tenía de costumbre, después de rezar sus oraciones; y como lo tenía también de costumbre, se puso á pensar en su situación y llorar en esa especie de insomnio, en que ni se vela ni se duerme.

Sucesivamente oyó las diez, las once, las doce; á la una miró dibujarse en la pared inmediata con la débil luz de la veladora, una figura colosal; creyó que era su imaginación acalorada la que le presentaba esas quimeras; pero mirando más atentamente, observó que poco á poco el tamaño de la fantasma disminuía en la sombra. Trinidad, sobrecogida de miedo, se envolvió la cabeza entre las ropas de la cama.

A poco sintió que un peso terrible oprimía su cuerpo; á poco dos brazos de hierro que estrechaban sus hombros, y procuraban separar las ropas; después una boca ardiente que se posaba en sus mejillas, y una voz ahogada que decía:

—Trinidad, Trinidad!!

Apenas Trinidad hubo reconocido la voz de D. Hernando, cuando todo el temor que le había sobrecogido, se cambió en cólera: desasióse de los brazos de D. Hernando, y cubriéndose con las ropas brincó del otro lado del lecho.

D. Hernando que lo había arriesgado todo, fortuna, reputación y conciencia, nada temía. Trinidad en su interior clamaba á la Virgen, á todos los Santos, que viniesen en su ayuda. De repente, y casi maquinalmente, llevó su mano á una fuente de agua bendita de plata y nácar, que estaba en la cabecera de su lecho. D. Hernando, ciego se arrojó sobre Trinidad, y ésta dejó caer sobre su cabeza el trasto que había descolgado.

Todo cesó en el acto; D. Hernando rodó sin sentido por el pavimento. Trinidad quedó inmóvil por un instante, pero luego mirando el cadáver de un hombre tendido á sus pies, se llenó de terror, y vistiéndose con precipitación, salió de su alcoba, tomó la luz, y buscó por donde escaparse. Intento vano; todas las puertas estaban cerradas y reinaba un silencio profundo.

Trinidad regresaba resuelta á dejarse caer por la ventana de su alcoba, cuando encontró á D. Hernando, que vacilante y agarrándose la cabeza, se dirigía á su aposento.

El golpe había sólo privado de sentido por un momento al viejo.

Al día siguiente casi á fuerza, introdujeron á Trinidad al cuarto de D. Hernando. El golpe había sido fuerte y ocasionádole calentura.

—Trinidad, por última vez te propongo una reconciliación. Olvidaré todo lo pasado, ó caerá sobre tí mi venganza. En una palabra, ó te resuelves á ser mía, ó la tortura y los calabozos de la Inquisición serán tu porvenir.

Trinidad, al oír esta sentencia, palideció y tuvo que apoyarse en la pared para no caer; mas repuesta de esta primera emoción, contestó con calma:

—Acepto la tortura y los calabozos, como vos aceptareis á la hora de vuestra muerte el infierno y los tormentos eternos.

En la noche introdujeron en un calabozo de la Inquisición á una joven acusada de practicar la ley de Moisés.

VIII

En el año de 1648 celebró la Inquisición de México su tercer auto de fe con toda la pompa religiosa con que se pretendían canonizar esos actos públicos de barbarie y de iniquidad. Por mi parte bendigo á Dios de todo corazón porque me arrojó al

mundo en un tiempo en que la religión se aprende en las ciencias, en la naturaleza y en la poesía, y no en las mazmorras y calabozos. ¡Quiera el Señor que tan benigno ha sido con mí pobre patria, hacer que la justicia y la libertad tengan un seguro asilo en este hermoso suelo!

Los herejes que la Inquisición sacó á pasear por las calles de México, eran viejos y viejas inermes y pacíficos, tal vez algunos imbuidos inocentemente en algunas ideas supersticiosas; eran jóvenes á quienes la injusticia habría arrancado del hogar doméstico, y, cosa inaudita, eran niñas de trece, de quince, de dieciseis años, inocentes palomas que probablemente no habrían perdido ni el candor, ni la inocencia de los primeros años de la infancia.

Entre los supuestos herejes, se encontraban vestidos de un infame saco, nuestros jóvenes Arturo y Trinidad.

Los dos estaban inconocibles. Algunos meses de prisión y de eterna noche y soledad los habían envejecido. Arturo estaba pálido, la barba y el cabello le habían crecido. Trinidad, ¡oh! daba compasión la pobre Trinidad. Ni alegría en sus ojos, ni vida en sus mejillas, ni color en sus labios ni brillo en sus cabellos. Los dos muchachos se reconocieron mezclados entre tanto miserable, entre tanto fanático, entre tanto pueblo imbécil, que silencioso y devoto mi-